

ÉRASE UNA VEZ EN LA HABANA



*Junta directiva SODAMC, 1997. Fotos recientes de:
Ailem Carvajal Gómez, Fernando Rodríguez Alpízar (Archi), Gustavo Corrales Romero, Jacqueline Hechavarría Carbonell*

¿Qué misterios operan para que un suceso se materialice? ¿Qué invisibles fuerzas confluyen para que ese suceso sea único e irrepetible, en un definido momento, con los protagonistas precisos? Al pensar hoy, casi 25 años después, en las circunstancias en las que nació la **SODAMC**, no puedo menos que sorprenderme y admirarme.

Eran los últimos años del siglo XX. La Habana era una ciudad que apestaba y se caía a pedazos. Una capital donde la gente malvivía entre el hambre, el calor y la desesperanza. La degradación moral frisaba en la barbarie, en un país en el que se asesinaba por un par de zapatos o una bicicleta. Donde gente moría pisoteada por la turba desesperada, para subir a una guagua. Donde el robo, el fraude, el soborno, la corrupción era la norma, y la decencia, rara avis, era criticada. Donde los correctos, los dignos, los honorables eran ninguneados y ridiculizados. Donde se vendía pan, con colcha de trapear por carne, y un taxista ganaba mucho más que un médico.

En medio de aquella podredumbre, en 1997, cuatro jóvenes propiciamos un espacio sistemático de música erudita. Creamos la **Sociedad para el Desarrollo del Arte Musical Contemporáneo**, un oasis de excelencia que devino acontecimiento cultural en la ciudad, con tal repercusión que hasta se le dedicaron trabajos musicológicos.

Éramos tres muchachos recién graduados de la Universidad de las Artes: **Ailem Carvajal**, **Jacqueline Hechavarría** y yo. **Fernando Rodríguez** (Archi), quien completaba el cuarteto, era algo mayor que nosotros y llevaba ya tiempo de profesor. Nos conocíamos desde la adolescencia, donde comenzamos a cultivar una amistad que se fue fortaleciendo y que dura hasta hoy. En la superficie de ese palimpsesto que es todo humano, éramos dos compositores, una musicóloga y un pianista. En otros niveles, se aleaban fuerza, temeridad, determinación, diligencia, responsabilidad, prudencia, disciplina, excelencia, madurez. También trenzados, fluían en la profundidad el cariño, el respeto y la admiración.

Una vez graduados, el *Ángel de la Jiribilla* que anima el alma de cada cubano, comenzó a aletear. Sentimos la necesidad de hacer algo, de inventar, de pellizcar al letargo, de irrumpir en la somnolencia. La pasión común era la música contemporánea y en Cuba existía solo un festival anual dedicado a ella, de modo que vimos ahí el cauce por donde fluir.

Nos reunimos en casa de Archi y allí concebimos y definimos el proyecto. Decidimos que organizaríamos un concierto mensual. Eso era suficiente para ocuparnos todo el tiempo, pero como la juventud es temeraria, se nos ocurrió que entre conciertos, organizaríamos también conferencias, audiciones públicas, conversatorios y cuanto se nos ocurriera para educar y promover la música de nuestro siglo XX. Serían pues, encuentros quincenales.

Redactamos los objetivos del proyecto y le pedimos a **Douglas Pérez**, artista visual amigo nuestro, que creara el logotipo. Una vez concebido el programa inaugural, nos dimos a la tarea de divulgar la noticia. Ailem, amazona de corazón infinito, movió cielo y tierra para lograrlo. Recorríamos La Habana en lo que apareciera para trasladarse (guagua, bicicleta, taxi, botella). Tocamos todas las puertas posibles, sin descanso, con insistencia, y conseguimos anunciar el concierto en cuanta emisora de radio nos recibió. Logramos que la sección cultural de un periódico nacional publicara el evento. Fuimos a la televisión, dimos entrevistas, lo hicimos saber en las escuelas de arte, en la **Universidad de La Habana**, en fin, llegó el momento en que era imposible desconocer la existencia de la **SODAMC** y de su concierto inaugural.

Ars Gratia Artis. Así funcionaba la Habana para nosotros. Jamás nos pasó por la mente la palabra “dinero”. Nadie nunca mencionó esa palabra. Los músicos que interpretarían las obras, eran todos jóvenes deseosos de tocar, de mostrar su talento y de ser parte de algo que los alejara de lo mundano. Las instituciones nos facilitaron sus espacios sin pedir nada a cambio. Todos los eventos serían gratis. Jacqueline diseñó los programas, se las ingenió para conseguir el papel (toda una proeza), y Archi nos brindó su impresora. Escogimos los intérpretes, montamos las obras cuidadosamente y las ensayamos hasta la perfección. Estábamos listo.



*Aula Magna, Universidad de La Habana,
donde tomó lugar el último concierto de la SODAMC*

A las 4 de la tarde – fuimos deliberadamente puntuales, una anomalía en Cuba – del 21 de enero de 1997, el gran **Harold Gramatges**, por pedido nuestro, estaba pronunciando las palabras de apertura en una sala abarrotada donde se podía casi tocar la excitación, donde la euforia colectiva electrificaba el espacio, y el orgullo nos desbordaba a todos. El público era en su mayoría jóvenes, pero también fulguraban figuras históricas y otras vacas sagradas de la composición en Cuba: **Héctor Angulo, Carlos Fariñas, Roberto Valera, Guido López Gavilán, Jorge López Marín**; y otros

intelectuales que parecieron estar allí *cediendo el tiempo*, aceptando con magnanimidad a Chronos, el inexorable. Esos Maestros presentes, no se perdieron ni un solo concierto de la **SODAMC**.

Fue un programa de jóvenes compositores cubanos (**Fernando Rodríguez, Keyla Orozco, Louis Aguirre, Irina Escalante, Ailem Carvajal y Yosvani Quintero**), interpretado por jóvenes intérpretes (**Edelmis Pedroso, Fabián Álvarez, Yilian Cañizares, Ivoshka Tello, Arabel Moráguez y yo**). Presentamos obras de tendencias variadas, obras para voz y piano, para solistas, para formatos de cámara, resultando en una experiencia atractiva, sorpresiva y disfrutable para todos. El éxito fue escandaloso. Al final, como sucedería en cada concierto, invitamos al debate. Explicamos las obras, mostramos las partituras. El público preguntó, comentó, sugirió, agradeció. Se escucharon opiniones tanto de profesionales de la música como de amantes de ella sin instrucción formal. Los Maestros nos abrazaban, estrechaban nuestras manos, elogiosos. Nos confesaron que extrañaban algo así, de calidad. Harold, emocionado, nos besó en la frente. Nos conmovió un señor desconocido de apariencia tosca, al expresar lloroso, su agradecimiento, su amor a este tipo de arte...



*Grupo de jóvenes asociados a la SODAMC, después de un concierto. De izquierda a derecha: **Eva Reyes** (musicóloga), **Gerardo Mesa** (pianista), **Iliana Ross** (musicóloga), **Ailem Carvajal** (compositora), **Yusleidy Hernández** (contrabajista), **Jacqueline Hechavarría** (musicóloga), **Yosvani Quintero** (compositor), **Lanet Flores** (clarinetista), **Gustavo Corrales** (pianista).*

Así, comenzaba una temporada de conciertos y conferencias que se extendería ininterrumpidamente hasta el jueves 12 de junio. A lo largo de ese período, en diversas salas de la ciudad, estrenamos obras cubanas y extranjeras, programamos obras cubanas y del repertorio universal que no se tocaban en Cuba hacía décadas y que agradecieron mucho los mayores. Invitamos a disertar a personalidades de la cultura cubana como el **Dr. Danilo Orozco**, el poeta **Cintio Vitier**, el **Dr. José Orlando Suárez Tajonera**. Organizamos un concierto donde se presentaron obras producidas por el **Laboratorio Nacional de Música Electroacústica** y por el **Estudio de Música**

Electroacústica y por Computadora, evento insólito debido a las históricas tensiones profesionales entre ambas instituciones. Organizamos una exposición del artista visual **Kelvin López**. Invitamos al joven historiador **José A. Domínguez** a colaborar con sus textos. Logramos el apoyo de la **UNESCO** (Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe). Hacer más fue imposible.

La electricidad de aquel primer concierto definió el tono de todo lo que hicimos después. Ese fervor original nunca mermó, como no mermó nunca el público que nos siguió hasta el final. Creció también la cantidad de jóvenes interesados en ser parte del proyecto. Pero el costo personal fue alto. El desgaste era palpable porque cada gestión era angustiada. Todo costaba muchísimo esfuerzo. Lo que se debía lograr dando un paso, tomaba cinco. Lo que se debía solucionar en diez minutos, tomaba dos días, si se solucionaba. La burocracia, la ineptitud, la desidia y hasta la maldad lo estrangulaba todo. Cuando se hacía música se era totalmente feliz, cuando no, la amargura y la desesperanza te asfixiaban. Todo era al mismo tiempo fácil y doloroso. De modo que sucedió lo inevitable: Cada uno de nosotros fue escapando del país en busca de una vida más organizada y estable. Hartos del caos, casi toda la generación nuestra emigró.

Hoy Ailem vive en Italia, Jacqueline en Austria, Archi en España y yo en Holanda. Fuimos un núcleo sólido que irradió con fuerza y tuvo resonancia, pero que se desintegró prematuramente. Hoy, sin embargo, cada uno de nosotros ha mantenido ese espíritu en circunstancias diferentes y ha encendido – fieles al ángel que nos anima – alguna llama entre quienes nos rodean.



**SOCIEDAD PARA EL DESARROLLO
DEL ARTE MUSICAL
CONTEMPORÁNEO**

Jorge López Marín
Guido López Gavilán

Encuentro de Conciertos

Roberto Valera
Dr. José Orlando Suárez Tajonera
Carlos Fariñas

**Sala Rubén Martínez Villena de la UNEAC
Martes 18 de Marzo de 1997, 5:00 pm**

*Justicia: Gracias!
Un abrazo enorme por
tú.*

**Con los auspicios de
UNESCO
Oficina Regional de Cultura para América
Latina y el Caribe.
(ORCALC)**

Uno de los programas de la SODAMC, con firmas de:

Jorge López Marín
Guido López Gavilán
Roberto Valera (vertical)
Dr. José Orlando Suárez Tajonera
Carlos Fariñas
Harold Gramatges